

ARTICULOS

Luis de Sebastián

UN AÑO DE SOCIALISMO EN FRANCIA: BALANCE PROVISIONAL

RESUMEN

Al cumplirse un año de gobierno socialista en Francia se impone una evaluación de sus logros y/o fracasos; una evaluación de su fuerza y de sus posibilidades de mantener invariable su línea de conducta. Esta evaluación es importante por el apoyo que Francia ha dado al pueblo salvadoreño, concretamente interesa saber si el gobierno socialista de Mitterrand conserva la fuerza moral y la capacidad política necesarias para continuar con esa línea de apoyo. La duda sobre este punto ha surgido después de las elecciones cantonales de marzo recién pasado.

Después de discutir si a lo largo de este primer año ha cambiado la vida de los franceses y en qué sentido, de analizar las reformas económicas —nacionalizaciones, política monetaria y fiscal, empleo, salario y sindicatos—, los aspectos ideológicos y la política exterior, el autor concluye que en términos de realizaciones positivas, no en relación a las expectativas del electorado, el saldo es positivo, aunque subjetivamente no todos los franceses están contentos, unos, los menos, porque el gobierno socialista no ha sido suficientemente radical y otros, el capital, los empresarios y sus partidos políticos, porque lo ha sido demasiado. Una cosa es cierta, el gobierno socialista francés, en un año, no se ha deteriorado tanto como otros gobiernos de Europa Occidental.

1. Introducción: un año después

El 10 de mayo de 1981 François Mitterrand era elegido con una notable mayoría presidente de Francia para un período de siete años, y el Partido Socialista Francés se establecía con mayoría absoluta en la Asamblea Legislativa. Se inauguraba así un nuevo período en Francia después de 52 años de gobiernos de derechas.

El cambio de poder en Francia tuvo a los pocos meses una importante consecuencia para la lucha del pueblo salvadoreño. Juntamente con el gobierno mexicano, el gobierno socialista de Mitterrand hacía pública una declaración en la que reconocía a la alianza del FMLN y el FDR como "fuerzas políticas representativas" y propugnaba una solución negociada del conflicto, negociación en que la alianza opositora debería tomar parte legítimamente. Desde ese momento el nuevo gobierno francés ha estado en la vanguardia de la lucha diplomática, en foros internacionales y en reuniones privadas, en favor de una solución del conflicto salvadoreño que tome en cuenta los justos intereses del pueblo salvadoreño.

Al cumplirse un año de la elección del gobierno socialista en Francia conviene hacer una evaluación de sus logros y/o fracasos, una evaluación en definitiva de su fuerza y de las posibilidades de mantener invariable su línea de conducta. Nos interesa, naturalmente, para ver si este gobierno, que junto con el de Grecia, es en Europa Occidental el más favorable a la lucha del pueblo salvadoreño, conserva la fuerza moral y la capacidad política de continuar su línea de apoyo a las organizaciones democráticas y revolucionarias de El Salvador.

La duda sobre este particular surge después de las elecciones cantonales (regionales) de marzo recién pasado, en que la coalición de giscardianos y gaullistas han reconquistado el poder local. Ahora posee en la metrópoli 59 presidencias de los consejos generales (regionales) contra 36 de la mayoría socialista y 11 presidencias en ultramar contra otras tantas de los partidos del gobierno. Este éxito ha espoleado a la oposición para invertir esfuerzos y dinero con vistas a las elecciones municipales del año próximo.

Esto, naturalmente, no quiere decir que los franceses han renunciado masivamente a sus preferencias electorales de mayo pasado. Las encuestas de opinión sobre una hipotética elección presidencial dan consistentemente como ganador

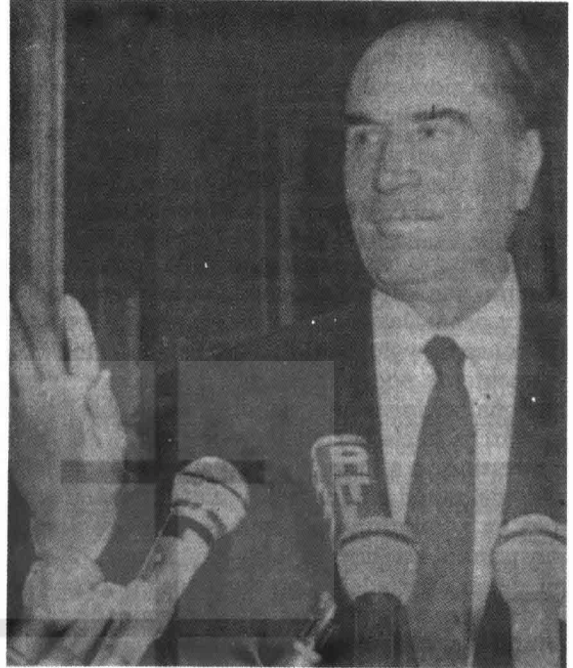
a Mitterrand por 55% contra 45% con relación a Giscard y por 57% contra 43% con relación a Chirac, según la última encuesta de la sociedad INFOP el mes de abril. Cualquiera que sea el significado de las elecciones cantonales, que los observadores consideran como "un aviso" al gobierno, la popularidad fundamental del nuevo presidente y el margen de confianza de que disfruta no han cambiado. Pero eso no excluye el preguntarse sobre el contenido y los tonos de ese "aviso" que los electores han dado al gobierno. ¿En qué ha fallado Mitterrand? ¿Porqué ese retorno en fuerza de la oposición? ¿Donde ha quedado el entusiasmo de los franceses que votaron por una nueva sociedad, por un "cambio de vida", por el socialismo?

Hay muchas preguntas de no fácil respuesta, que voy a enfrentar aunque sólo sea someramente, para una evaluación política y técnica. Para ello me voy a valer de los múltiples trabajos de este tipo que han publicado estos días. Me ayudaré también de mis propias observaciones y análisis de la realidad francesa durante este año.

Sobre la evaluación del primer año de Mitterrand la opinión francesa está radicalmente dividida. Mientras el diario conservador *Le Figaro*, el archienemigo de Mitterrand y portavoz de la derecha por él derrotada, sentenciaba: "Al cabo de un año, el fracaso del régimen socialista es flagrante", el pro-socialista *Le Matin* juzgaba: "Un año después, una cosa parece cierta: con la izquierda en el poder, a pesar de sus dudas y a veces de sus errores, el conjunto de los franceses está mejor protegido y mejor gobernado".

2. ¿Ha cambiado la vida de los franceses?

En un sentido radical no. "La vida de un país no se cambia con facilidad, a veces ni siquiera la cambia una revolución ni una guerra" comenta el editorial de *El País* "El año de Mitterrand" y añade: "Francia es un país de un pesado armazón de instituciones, códigos y costumbres, de un hilo enredado de leyes y disposiciones escritas y de una carga de compartimentos: es, dentro de su libertad de conceptos generales, de su individualismo y de su acendrada obsesión de pensar y de decantar su cultura y hasta de su plasticidad para adaptarse a las evoluciones constantes, un país profundamente conservador". Estas consideraciones, aunque muy acertadas, son quizá innecesarias para explicar la ausencia de un cambio dramático en la vida francesa. Un año es muy poco tiempo para



examinar y medir si se ha cumplido la promesa electoral de "cambiar la vida" de los franceses. Su horizonte temporal tiene que ser naturalmente más largo.

Con todo, creo que en un año se pueden señalar algunos cambios objetivos en la sociedad francesa, que pueden ser el inicio de un proceso más largo y más profundo (como pudieran quedarse en episodios aislados sin mayores consecuencias). Para seguir empleando las torneadas formulaciones de *El País*, "quizá su mayor mérito (el de Mitterrand) en el proceso emprendido es el haber devuelto a Francia esa parte de sí misma que había estado alienada por un plumizo poder de la derecha... lo que puede haber empezado a hacer Mitterrand es solamente dejar que Francia sea un poco más coherente con la imagen libre y creativa que ha proyectado en la historia..." En pocas palabras, una Francia socialista se parecería más a la imagen fresca y atrevida de la Francia de las libertades, de la igualdad y la fraternidad. Esto sería en general un cambio del año de socialismo en Francia.

Pero, ¿es esto suficiente para el elector, para el pequeño Jacques, realista y limitado, que votó a Mitterrand con la esperanza de que su vida concreta cambiaría al tener un gobierno socialis-

ta? En efecto, los electores no se suelen conformar con consideraciones más o menos filosóficas. Esperan ver pronto, ciertamente dentro del primer año, si no un cambio radical de vida, sí algunos cambios significativos en su vida cotidiana, que respondan al estado de expectativa en que dieron su voto. De otra manera, surge la decepción, la crítica y en muchos casos el cambio de preferencias electorales. Es interesante a este respecto el comentario de Jacques Seguela, el publicista que diseñó la campaña de Mitterrand, que a la pregunta de qué le reprochaba al final del primer año a Mitterrand respondía: "Su falta de cohesión y que sólo se han hecho reformas de fondo, pero no las reformas que afectan a la vida cotidiana."

Esto en su generalidad no es exacto. Ha habido muchas pequeñas reformas que afectan la vida ordinaria de los franceses: una quinta semana de vacaciones pagadas, elevación de los subsidios familiares en un 25%, y de las pensiones hasta el 50%, elevación del salario mínimo y una semana de trabajo de 39 horas, entre otras cosas. El problema está quizá en que aun con estas reformas la tónica general de la economía francesa no ha mejorado substancialmente con los socialistas y en ciertos aspectos ha empeorado

(aunque no a causa de los socialistas, como ya veremos). A esto hay que añadir ciertas políticas, como las relativas a los medios de comunicación, que han sido mal recibidas por quienes más poder tienen de influir en la opinión pública: los intelectuales y publicistas. Y no hay que olvidar la combatividad de la patronal y de la oposición política de derechas.

Por otra parte, cambios importantes de carácter general han sido la abolición de la pena de muerte (que sólo afecta la vida de los condenados a esta pena), la descentralización, que desmonta un concepto y una realidad del Estado como instrumento de poder absoluto y de coacción, y las nacionalizaciones que son un elemento básico de la marcha hacia la "nueva sociedad" y que han convertido ya a Francia en el país más nacionalizado del mundo industrializado. Mitterrand además ha admitido a los comunistas al gobierno, mostrando así que ningún ciudadano francés puede ser apartado de sus derechos políticos por la pertenencia a un partido determinado. Eso también contribuye a mejorar la imagen de la Francia republicana y libertaria.

Pero, en definitiva, ¿ha cambiado la vida de los franceses? La respuesta no puede ser simple: hay suficientes indicaciones de que algo nuevo ha comenzado en Francia, pero también de que este inicio puede quedarse frustrado. Hay pruebas suficientes, para quien no le ciegue la ideología, de que se intenta seriamente cumplir la promesa electoral de "cambiar la vida" y también de que hay dificultades serias para que ésta y otras promesas lleguen a ser realidades. A un año de la victoria electoral de Mitterrand no se puede decir objetivamente más.

3. ¿Socialismo o Reformismo?

La próxima cuestión es saber si estos cambios, introducidos por Mitterrand, han puesto a Francia en el camino del socialismo o van simplemente hacia un reformismo o una modernización de ciertas estructuras arcaicas que permita a Francia entrar en el siglo XXI todavía como una potencia industrial y militar. Por supuesto, esta cuestión ha sido respondida de forma muy diversa. En la demagogia de la derecha Francia ha dejado ya de pertenecer al mundo libre y se ha convertido en el más nacionalizado de los países industriales con todo el sentido peyorativo que este concepto tiene en la ideología de la burguesía. Los opositores han sido convocados a preparar el

"post-socialismo", dando por supuesto que "la experiencia en curso es de carácter socialista. Así Jean Serise, economista y colaborador de Giscard, opinaba en un libro titulado **Defensa de la razón política**: "La economía francesa acaba de cambiar de naturaleza. Somos la única nación occidental en la que el sistema bancario se ha nacionalizado casi completamente y en la que la tercera parte de la cifra de negocios industriales procede del sector público. Ya no nos parecemos a otros grandes países libres."¹

Para otros, los aliados comunistas y "los jóvenes maestros de escuela que dominan entre los parlamentarios del partido socialista", todavía está el gobierno de Mitterrand muy lejos de sus ideales y de sus promesas. Los que añoran un cambio hacia el socialismo, un cambio que, en su opinión, no se ha dado en el primer año, apuntan concretamente a factores como la falta de poder popular: "No hay cambio" —decía un profesor de Lyon— "No se ha conseguido el poder popular para mantenerse. No hay movilización".²

Las apreciaciones de unos y otros tienen una base de la realidad de las cosas y dan una idea de los equilibrios que el gobierno socialista ha tenido que hacer para gobernar democráticamente y para enfrentar las fuerzas económicas y sociales que se le resisten y se le oponen. "La práctica del gobierno ha llevado a los socialistas a tocar tierra" comentaba un periódico norteamericano que se edita en París.³ En esta misma línea el semanario *Time* escribía: "Ultimamente las decisiones de Mitterrand han estado cerca de una delicada línea entre la doctrina socialista y el pragmatismo político, añadiendo el agua del realismo al vino ideológico de su gobierno."⁴

Sin embargo, esperamos que la actividad del partido socialista y la de su aliado comunista contribuirán a evitar que el gobierno ponga tanto en su vino que pierda todo su sabor y color socialista. En efecto, Lionel Jospin desea que el partido socialista no se contente con ser "guardián del programa" socialista y sea un elemento dinamizador del quehacer gubernamental. De hecho el partido socialista se ha portado consecuentemente, cuando su comité director del 3 de abril ha pedido al gobierno que "diera muestras de mayor coherencia en la explicación y en la acción y más autoridad en la aplicación de su política, para dar a los franceses el sentido de que están siendo gobernados."

El problema pudiera estar en que el partido encuentre chocante sostener desde el poder posi-

ciones que no son idénticas a las que defendían en la oposición. Para evitarlo y para que se de una relación equilibrada y sana será necesario que los "recién llegados" al poder no caigan en la tentación del maximalismo y se sometan a la ley del realismo político, cuyas reglas se miden mejor en el poder que desde la oposición. Hasta el momento las contradicciones no han sido suficientes para crear una separación esquizofrénica entre el partido del gobierno y el gobierno mismo (algo de lo que está pasando con el SPD alemán), ni hay razón objetiva para que resulte cierta la predicción de Alain Peyrefitte, antiguo ministro de Giscard: "Mitterrand o bien guarda su socialismo y pierde sus votantes y su poder, o bien guarda los votos y el poder y pierde el socialismo. Parece que está escogiendo lo segundo".⁵

4. La oposición también cumple un año

El realismo del partido y del gobierno socialista francés ha venido impuesto por la creación intencionada de un contexto económico desfavorable y por los ataques de una oposición política robustecida por las propias dificultades del gobierno de Mitterrand.

El contexto económico ha sufrido un constante deterioro durante todo el año, en parte debido a factores externos a la lucha de clases en Francia, pero también en buena medida por la acción de resistencia y sabotaje de los empresarios, banqueros y otros elementos de las clases dominantes. Los empresarios y capitalistas, que ya durante el gobierno de Raymond Barre habían mostrado pereza para invertir a pesar de los incentivos, no han sido precisamente entusiastas con un gobierno socialista en una coyuntura mundial de recesión. "Lo que ocurre es simple" —confesaba uno de los empresarios más importantes de Francia— "Los patronos no tenemos más remedio que convivir con este poder, pero siempre a regañadientes, sin aceptar verdaderamente su juego. Porque, si la política económica y política de Mitterrand triunfa, tendremos socialismo para veinte años. Y los socialistas van contra nosotros."⁶ Los empresarios, lógicamen-

te, no han llevado bien las reformas, sobre todo las nacionalizaciones y el aumento de beneficios a los trabajadores, y han acelerado la descapitalización del país hasta poner en serio peligro la estabilidad del franco. Y, aunque el gobierno haya tenido que recortar (nacionalizaciones) o detener algunas reformas (la semana de 35 horas) y conceder beneficios a las empresas para no exacerbar la oposición del gran capital y reanimar la inversión privada, no parece haber logrado mucho. "Los hombres de negocios y los inversionistas no están convencidos" —opina el *International Herald Tribune*, siempre próximo a estas personas— "originalmente los más experimentados de ellos, los jefes de las empresas multinacionales y los acostumbrados a funcionar en el mercado mundial, estaban dispuestos a escuchar. Ahora, a pesar de las concesiones a empresas y sociedades de mediados de abril, están profundamente pesimistas acerca del destino que los socialistas van a dar a la economía antes de que termine el mandato de la izquierda".⁷ Cuando se acusa de incapacidad o ineficiencia al gobierno socialista, se toma implícitamente la acción desestabilizadora de empresarios y banqueros como un resultado mecánico, objetivo y necesario, de las políticas socialistas, como si no mediaran voluntades e intenciones concretas y el designio expreso de hacer fracasar la gestión económica del gobierno socialista con todos los costos que esto puede acarrear a las capas medias, a la clase obrera y, en definitiva, a la economía toda del país. "François Mitterrand quería demostrar que la izquierda es tan capaz como la derecha de gobernar los negocios del país. La demostración todavía no se ha hecho", decía el conservador Raymond Aron.⁸ No se escapa a los lectores el tono de desafío que contienen estas palabras: como diciendo que sin el acuerdo de la derecha le va a ser difícil dirigir la economía del país. Esta velada amenaza se está cumpliendo sin escrúpulos.

La oposición de los intereses económicos se articula políticamente en la de los partidos derrotados en las elecciones de hace un año. Esta oposición se siente optimista: "Un año después de la victoria

En pocas palabras: Una Francia socialista se parecería más a la imagen fresca y atrevida de la Francia de las libertades, de la igualdad y la fraternidad.

de la izquierda los oponentes se declaran extrañados de la rapidez de la degradación del clima político, aunque no dejan de contribuir a ello. Aseguran que no se esperaban ver al poder cometer tantos errores, admitiendo que este comportamiento ha facilitado mucho su tarea y favorecido su progreso..." Los dos principales partidos de oposición, la "Unión por la Democracia Francesa" (UDF), partido de centro-derecha formado para sostener la candidatura de Giscard d'Estaing y el RPR, gaullista, se han renovado después de varios meses de autocrítica para ejercer su nueva función como partidos de oposición: han flexibilizado sus estructuras, han reforzado sus mecanismos de reclutamiento, y se mueven hacia posiciones más netamente reformistas, con objeto de poder recoger a todos los descontentos con el socialismo a la francesa. Finalmente las dos formaciones políticas han entrado en un serio proceso de unidad bajo la dirección de un nuevo líder: el alcalde de París Jean Chirac. Los resultados en las elecciones cantonales de marzo ha dado mucho optimismo a los cuadros derrotados en las generales de mayo pasado y han creado condiciones objetivas para que la labor de la oposición sea más penetrante y extensa.

Todo hace pensar que el enfrentamiento entre el gobierno y la oposición va a ser cada vez más duro, y no sólo en expresiones verbales (que ya han motivado las protestas del presidente de la República), sino en batallas electorales parciales y en las relaciones entre los órganos de la administración regional (paradójicamente reforzados por la descentralización socialista) y los del gobierno central.

5. La economía I: las nacionalizaciones

Casi todos los comentaristas concuerdan en este primer aniversario en que el triunfo o fracaso de Mitterrand dependerá de sus logros en el terreno económico. Aquí, como es obligado, hay que distinguir el largo plazo, en que entran en vigor las reformas estructurales y aparecen sus frutos, y el corto plazo, el de las medidas coyunturales y los efectos inmediatos.

En el plazo largo destacan las nacionalizaciones. Se han nacionalizado cinco grupos industriales: P.U.K., Saint Gobain, C.G.E., Thomson-Brandt, Rhone-Poulanc; dos compañías financieras: Compagnie Financière de Suez y la Paribas, y dieciocho bancos. Tam-

bién se han nacionalizado los grupos siderúrgicos Usinor y Salicor por conversión de las deudas con el Estado en acciones. Además el Estado se ha convertido en accionista mayoritario en las empresas Dassault (aviación y armamento) y en Matra (armamento). También se ha llegado a un acuerdo con la empresa norteamericana Honeywell para que el Estado francés aumente su participación al 47% (de un mero 19.9%) en la empresa multinacional CII-Honeywell-Bull. En cuanto al grupo alemán Hoechst, también ha aceptado una mayor participación estatal en su filial Roussel-Uclaf. Queda pendiente decidir la participación estatal en la Compañía General de Construcciones Telefónicas, una filial de la ITT norteamericana.

Las nacionalizaciones dieron lugar a un debate parlamentario sin precedentes, mientras algunas de las compañías afectadas pusieron en juego todo su poder para detener la medida. Sin embargo, el gobierno ha cumplido esta promesa básica de la campaña electoral. La operación costará al Estado 35.000 millones de francos (unos 5.830 millones de dólares) para indemnizar a los accionistas y quizás unos diez mil (10.000) millones de francos para sanear a algunos grupos del sector público. Estos costos, elevados, sin duda desde un punto de vista estático, fueron usados por la oposición para combatir las nacionalizaciones. La respuesta de los socialistas ha venido de una consideración a largo plazo y dinámica de la medida. Para el Presidente de la República las nacionalizaciones son "una arma de defensa de la producción francesa" (Conferencia de prensa del 26 de septiembre 1981).

El nombramiento de los directores y gerentes para las empresas nacionalizadas, provenientes en parte de la empresa privada, sirvió para calmar un tanto las aprensiones del empresario. Pero sus objeciones no terminan. Para la empresa privada el problema está en que el Estado va a controlar de ahora en adelante el 85% de todas las instituciones de crédito del país y esto les preocupa más que el 31% de la producción industrial que también va a controlar. En Francia ya había antes de los socialistas un cierto grado de economía mixta y los empresarios se habían acostumbrado a trabajar dentro de ella, pero ahora dependerán de los bancos y financieras nacionalizados para sus créditos. Eso les pone nerviosos, porque así aumentan las posibilidades de control de las empresas por parte del Estado. La batalla que se dió a propósito de la Paribas (Ban-

co de París y de los Países Bajos) muestra dónde está el punto más sensible del capitalismo moderno, cuyo control por el Estado aparece como más peligroso al gran capital: es, por supuesto, el sector financiero. Lo cual no invalida un argumento frecuentemente usado por los enemigos de las nacionalizaciones, el del uso político de los créditos, con peligro de ineficiencias (por lo menos para privados) y mala administración económica. La política crediticia se convierte ahora en una mayor responsabilidad (además de hacerse un formidable instrumento de control) para el gobierno.

El problema real que presentan las nacionalizaciones en Francia se expresa en una contradicción de la política industrial de los socialistas. Por un lado, el gobierno Mitterrand ha insistido en la renovación tecnológica (a lo cual ha dedicado grandes recursos, proporcionalmente) para dotar a Francia con un sector industrial ultra-moderno capaz de explotar en gran escala las tecnologías más avanzadas (el gran sueño de los socialistas de todos los tiempos), y por otro lado, trata de revivir sectores que van perdiendo velocidad, como por ejemplo, el de las máquinas herramientas. La cuestión está en ver si las na-

cionalizaciones son un instrumento adecuado para obtener los dos objetivos a la vez, o más bien sólo van a servir al segundo "como una nueva forma de ayuda a patos cojos destinados a no encontrar ya el sentido de la marcha" como dice un agudo comentarista¹⁰. En definitiva, cualquier forma de propiedad se legitima ante la sociedad, si sus logros son suficientemente grandes y extendidos a toda la población. Aunque podemos suponer que los antiguos propietarios nunca se confesarán satisfechos con las nacionalizaciones, los electores las aprobarán si contribuyen realmente a relanzar la economía francesa y a mantener el poder industrial de Francia en el mundo.

El primer ministro Mauroy ha asegurado a los empresarios y a todos los críticos de derecha que las empresas estatales no serán administradas por medio de una planificación central estricta y restrictiva, sino que tendrán "independencia y responsabilidad en la toma de decisiones". Pero a nadie se le escapa, y a los empresarios menos que a nadie, que las empresas nacionalizadas no pueden regirse por los mismos principios que las empresas de lucro privado. Por eso Mauroy también ha prometido que las empresas nacionalizadas serán modelos de la reforma laboral.



El triunfo o fracaso de Mitterrand dependerá de sus logros en el terreno económico.

6. La economía II: política monetaria y fiscal

Los socialistas heredaron una economía ya muy deteriorada por la falta de inversión y crecimiento y por el aumento simultáneo de la inflación y el desempleo, en medio de una creciente recesión mundial. Un año después "ni las predicciones de catástrofe ni las de triunfo se han cumplido" —comentaba el *International Herald Tribune* "Los resultados materiales del gobierno socialista no son ni malos ni brillantes."¹¹ En realidad, los logros del gobierno socialista no son ni mejores ni peores que los de otros gobiernos del mundo. Lo genérico de la crisis mundial parece dominar lo específico de los programas gubernamentales y el caso de Francia no es excepción con socialismo y todo.

La inflación, que es uno de los problemas crónicos y agudos de todas las economías, no ha aumentado significativamente un año después. Más aún, en el último trimestre de 1981 la inflación había descendido, a 12%, dando una tasa anual inferior al 14%, más aceptable que la que hubo en 1980 bajo Giscard d'Estaing. Sin embargo, los últimos datos de que se disponen parecen indicar que la inflación tiende de nuevo a subir, aún cuando en la mayoría de los países europeos está bajando (y sobre todo en los Estados Unidos).

La balanza de pagos, otro de los indicadores punta, muestra un notable deterioro, de forma que el déficit proyectado para 1982 alcanza los 12.000 millones de dólares. Esto se debe en buena parte a la enorme fuga de capitales que se ha dado este año, pero también a un aumento de importaciones con unas exportaciones que se han quedado estancadas. "Los limitantes exteriores han sido un poco olvidados en el programa socialista", decía un crítico.¹² Es probablemente verdad. El gobierno socialista deberá dar más atención a la evolución de las exportaciones y en general al flujo de pagos internacionales. Pero no se puede decir sin más que haya descuidado los pagos externos. Por el contrario; el primer texto legal que firmó Mauroy fue precisamente para reforzar los controles del cambio de moneda extranjera a la vez que se elevaba al 20% el tipo de interés a corto plazo para defender el franco.

Otro problema que tiene el gobierno socialista es el déficit presupuestario, que era de 5.000 millones de dólares en 1980 y se estima en 15,800 millones para 1982, aunque pudiera llegar de hecho a los 20.000 millones. De seguir la tenden-

cia del aumento actual, el déficit fiscal llegaría en 1983 a 33.000 millones de dólares. Para contrarrestar esa tendencia el gobierno de Mitterrand se ha fijado como objetivo el limitar el déficit en 1983 al 3% del Producto Interno Bruto, o sea, unos 20.800 millones de dólares.

Finalmente, el crecimiento económico fue de un nivel tan modesto y gris como el de otras magnitudes importantes: El crecimiento del PIB fue de entre el 0.2 al 0.3% en 1981, que, aunque supone un descenso con respecto a la tasa de 1980 (que fue de 1.5%), es ligeramente superior a la media del resto de países europeos, que fue de -0.2%. Podemos hablar, sin embargo, de una verdadera estagnación. Como causante de esta falta de crecimiento global podemos señalar el descenso de la inversión privada, que ha sido del 17% en dos años y que, según encuestas hechas a los empresarios, todavía descenderá en un 7% durante 1982. Como resultado de esta falta de inversión privada y, a pesar de los aumentos de la inversión pública, la formación bruta de capital fijo fue de -1.1% en 1981 y se espera disminuya todavía más durante 1982.

Como ha notado un comentarista muy verificado en materias financieras, el problema del gobierno socialista francés en el terreno monetario y fiscal es muy similar al que enfrenta el presidente Reagan en los Estados Unidos: "En Francia, como al otro lado del Atlántico, hay que contar con una política monetaria restrictiva que se traduce por una restricción de los marcos crediticios y el mantenimiento de tasas de interés elevadas (del 35 al 40% más elevadas que en Alemania), para contrarrestar los efectos inflacionistas de un déficit presupuestario en fuerte aumento."¹³ En este terreno el gobierno socialista tiene dificultades serias, de manera que ni siquiera un alivio de la recesión mundial traería un alivio proporcional en la economía francesa. El problema presupuestario es particularmente difícil, porque el gobierno no puede (ni quiere) imponer mayores impuestos sin provocar una sublevación del capital (con una completa huelga de inversiones, por ejemplo), pero tendrá que financiar unas prestaciones sociales más elevadas en los planes de retiro, subsidios familiares y de desempleo, etc. Las reformas fiscales no han sido muy eficientes. El nuevo impuesto "sobre las grandes fortunas" del 30 de diciembre de 1981, que conlleva graves problemas de implementación, no se espera que aumente significativamente los ingresos fiscales y ciertamente no lo hará en la medida que exigen las mejoras en las presta-

Los logros del gobierno socialista no son ni mejores ni peores que los de otros gobiernos del mundo. Lo genérico de la crisis mundial parece dominar lo específico de los programas gubernamentales con socialismo y todo.

ciones sociales. Este relativo fracaso ha hecho desistir al gobierno de imponer nuevos impuestos con más costo social que beneficios económicos, mientras la resistencia empresarial ha hecho aconsejable retardar otras reformas, como la del impuesto al valor añadido (T.V.A.), que espera en las gavetas del gobierno a que vengan mejores tiempos. Además el gobierno se ha comprometido a no cargar más la fiscalidad de las empresas (ni sus cargas sociales) y de la burguesía en general.

Cercado por un creciente déficit exterior, por una inflación mayor que la media europea, el gobierno tendrá así muchas dificultades para encontrar un financiamiento suplementario que no debilite aún más la sanidad del franco, ni haga imposible (como ya muchos creen) mantener la paridad dentro de los límites acordados por el Sistema Monetario Europeo (en cuyo caso habrá una nueva devaluación y una eventual salida del franco del SME), sin por eso mejorar la situación presupuestaria). El financiamiento del déficit está ligado, como en el caso de los Estados Unidos, a un aumento de la actividad económica y una aceleración del crecimiento. Esto depende a su vez de la inversión privada, del estado de confianza de los "negocios" sobre la capacidad del gobierno en frenar la inflación y controlar los déficits: un verdadero círculo vicioso, que el gobierno socialista, de alguna manera tendrá que romper.

Pero en la política coyuntural futura el gobierno socialista deberá tener suerte que en su primera acción para revivir la coyuntura a mediados de 1981. En efecto, basándose en un análisis de corte netamente keynesiano, se lanzó a inflar la demanda global con un aumento del consumo privado a través del aumento del poder adquisitivo de la clase obrera, jubilados y capas medias. A ello contribuyeron el aumento de las prestaciones sociales ya mencionadas y otras medidas redistributivas a corto plazo. Este aumento en el consumo privado se ha topado rápidamente con problemas del financiamiento. El

aumento de prestaciones sociales, que representaba un 1% del PIB (unos 5,800 millones de dólares), era financiado por el Estado y por las empresas, que supuestamente deberían beneficiarse del mismo (al aumentar sus ventas, naturalmente). Sin embargo, las empresas aumentaron muy modestamente sus beneficios, reduciendo a continuación el autofinanciamiento, mientras el Estado veía aumentar su déficit fiscal de 5.000 millones de dólares a 13,500 millones en 1981. En resumen, los socialistas franceses deben comprender que los gastos sociales no se pueden financiar continuamente con un déficit presupuestario, que lleva a un aumento de la inflación y a un déficit mayor en la balanza de pagos. No les queda en realidad más remedio que empeñarse seriamente en la lucha para frenar la inflación y restaurar la confianza de los empresarios.

7. La economía III: empleo, trabajo y sindicatos

Las críticas de Mitterrand resaltan que el gobierno socialista no ha podido frenar el avance del desempleo, que ha pasado ya la cota mágica de 2 millones, 350.000 más que al comienzo de su mandato. En una entrevista al semanario *Newsweek* el primer ministro francés se expresaba a este propósito con gran realismo: "tenemos que relanzar la economía francesa estimulando la demanda interna. Esperamos tener un crecimiento del 3% este año, que irá reduciendo gradualmente la tasa de aumento del desempleo estabilizándola en torno a los dos millones. Hemos tomado una serie de otras medidas para aumentar el empleo —planes para compartir el trabajo, una reducción de la jornada de trabajo— aunque estas no tendrán mucho efecto hasta dentro de varios años".¹⁴

Las medidas a que se refiere Mauroy siguen tres líneas de acción. En primer lugar está una reflación inmediata del consumo, que ya se ha mencionado. Las medidas aquí contempladas se



inscriben en una estrategia, ya iniciada por el régimen anterior, de reducir las diferencias en la distribución del ingreso. Como ya se ha dicho, estas medidas no han tenido hasta ahora mucho éxito. El aumento del consumo debe ir acompañado por un aumento de la inversión privada y sostenido por un aumento de la productividad, para que el efecto sobre la demanda global sea significativo y duradero.

La segunda línea de acción va por la creación directa de nuevos empleos. La meta que se fijó el partido socialista en la campaña electoral era de crear de 400.000 a 500.000 nuevos puestos de trabajo entre 1982 y 1983, de los cuales 210.000 serían en los servicios públicos. En la segunda mitad de 1982 ya se han creado unos 90.000 en este sector, que es por ahora donde esta creación parece solo posible. Esta acción, sin embargo, encarece mucho cada nuevo empleo, ya que se trata de trabajo no productivo (de bienes privados, se entiende). Esta segunda estrategia encuentra pues la misma dificultad: el financiamiento de los programas, y no parece que sea muy prometedora mientras no se solucione el problema presupuestario. En la actualidad, según declaraba Mauroy a *Newsweek*, la lucha contra el empleo le está costando al gobierno 16.000 millones de francos anuales.

La tercera línea de acción, la más ambiciosa y revolucionaria, es "un nuevo reparto del tra-

bajo". Aquí se encuadran un conjunto de medidas que ya se han tomado y otras que aguardan el momento favorable: se ha regularizado la situación de los emigrantes clandestinos, a la vez que se cerraban las fronteras a nuevas entradas; se ha regularizado la formación profesional de los jóvenes de 16 a 18 años, beneficiando así a casi medio millón de jóvenes con programas de enseñanza técnica; se ha limitado el trabajo temporario, a cambio de un estatuto legal al trabajo a tiempo parcial. Pero las medidas más simbólicas y, según el nuevo poder, con más efectos económicos sobre el empleo son las relativas a la duración del trabajo.

Además de la adopción de una quinta semana de vacaciones pagadas, se ha establecido una semana legal de 39 horas. El efecto contra el desempleo de esta medida se basaría en la noción de que un cuanto dado de trabajo social se puede repartir de esta manera entre más trabajadores. La medida ha causado muchos problemas concretos de implementación: ¿habría que reducir los ingresos de los trabajadores en la misma proporción? La ordenanza no estaba clara. La CFDT, la importante central sindical próxima al partido socialista, aceptó el principio de 39 horas de paga por 39 horas de trabajo, dejando el pago de la 40-hora para nuevos empleos. El sindicato comunista CGT en cambio pedía el pago de cuarenta horas por la nueva jornada de 39 ho-

ras. Ante las vacilaciones y enfrentamientos dentro del mismo gobierno, tuvo que intervenir en persona el presidente de la república, quien zanjó la cuestión en el sentido de los comunistas. Esto, según los críticos del gobierno, "ofendió a los patronos, rechazó a la CFDT y privó a la reforma de su naturaleza de medida contra el desempleo y así de su idealismo y el elemento de sacrificio —o solidaridad."¹⁵ Esto, naturalmente, es un juicio estrecho desde la perspectiva de los empresarios. La medida es redistributiva en efecto, pero no reduce su capacidad objetiva de crear más puestos de trabajo, suponiendo alguna colaboración de la empresa privada. Para evitar los efectos negativos de la medida sobre la inversión privada, el gobierno ha prometido a los empresarios que no habrá más reducciones en la semana de trabajo al final de 1982 ni en 1983, dejando así en suspenso el cumplimiento del punto de programa de establecer para 1985 una jornada laboral de 35 horas. La medida, como ya reconocía el primer ministro, no tendrá un efecto sobre el empleo inmediatamente, pero, por lo menos ha servido ya "para mejorar el ordenamiento del tiempo de trabajo con una utilización más flexible de los horarios y más larga de las máquinas" decía un comentarista¹⁶.

Una medida distinta aunque complementaria es la firma de "contratos de solidaridad", que permitan, mediante la ayuda pública, crear o simplemente desagregar empleos, ya sea por fuertes disminuciones del horario ya sea por la jubilación anticipada a los 55 ó 57 años. Esta medida sólo se ha podido comenzar a implementar a principios de 1982, y, aunque ha comenzado con dificultades, inspira buenas esperanzas de éxito.

Otras medidas, como el adelantamiento legal de la edad de jubilación, se han dejado para más tarde. El proyecto de ley estaba poco elaborado y su conocimiento previo ha ocasionado ya muchos enfrentamientos entre sindicatos y algo también entre partidos. En conjunto, el balance de los logros de estas medidas es altamente posi-

tivo, aunque no sea suficiente para eliminar el desempleo. De hecho la tasa de desempleo se ha estabilizado al nivel de los dos millones, cuando en la mayoría de los países europeos sigue creciendo. Creemos, sin embargo, que el binomio empleo-desempleo está en un equilibrio inestable que cualquier influencia externa puede trastocar.

La lucha contra el desempleo no ha bastado para mantener la paz laboral. El "estado de gracia" que los sindicatos concedieron al gobierno ya se ha terminado, comentaba alguien. En efecto, la dinámica interna propia de las formaciones sindicales, la necesidad de mantener una militancia activa y de mantener lo específico político de cada central les ha llevado a enfrentarse de alguna manera con un poder que no les es totalmente ajeno, como podría ser el gobierno anterior.

Ya hemos indicado como la CGT, central comunista, comenzó relativamente pronto a desconfiar de la moderación socialista y de una posible inflexión de la línea pactada. De ahí su protesta y su oposición a la posición socialista en la cuestión del pago de la semana acortada de 39 horas. Asimismo, el gobierno ha encontrado resistencia sindical en la cuestión de adelantar la edad de jubilación. Por todo ello el gobierno, después de las elecciones cantonales, ha dado un nuevo paso para reforzar la concertación con las fuerzas sindicales, como había hecho al comienzo de su mandato, y que había descuidado un tanto, llevado quizá por el "realismo del poder".

Creemos, sin embargo, que los sindicatos ni están causando ni causarán problemas de fondo al gobierno, mientras dure la concertación y la participación comunista en el gobierno (que se aceptó con la vista puesta en los sindicatos) sea eficaz para garantizar la línea y el ritmo de avance, pactados cuando eran oposición. Lo cual no quiere decir que cesarán las huelgas y las reivindicaciones al interior de las empresas estatales, las cuales serán más aspectos de la autogestión que episodios de la lucha de clases.

En un año no se puede hablar de un florecimiento de la cultura popular, ni de un acceso de los sectores populares a los medios de educación y la cultura, aunque hay buenas realizaciones a nivel regional y local.

8. La cultura socialista

En el campo de la cultura y particularmente en el de la comunicación social es donde las críticas al gobierno de Mitterrand parecen tener mayor substancia. "¿Por qué Mitterrand no se ha atrevido a establecer la separación de los medios audio-visuales y de la televisión del Estado? Sin embargo, esta era la gran revolución esperada por todos, la verdadera transformación de la V República y la más política, porque hubiera cambiado la relación del gobierno con los ciudadanos", escribía Serge July director de *Liberation*.¹⁷

En Francia la televisión y la radio son administradas y controladas por el gobierno. Los puestos directivos de estos medios se consideran estrictamente políticos y se nombran por el consejo de ministros. Los socialistas en el gobierno han cambiado muchos de los contenidos de la televisión y de las emisoras de radio, poniendo más énfasis en la cultura, la discusión política, documentales, etc., pero no han cambiado la naturaleza centralizada y gubernamental de estos medios. Han cambiado a los directivos y técnicos más obviamente vinculados con los gobiernos anteriores y se ha dado cabida en su estructura de poder a las nuevas fuerzas, pero queda pendiente la descentralización y sobre todo la liberalización (en el sentido de desgobernización) de los medios de comunicación, tal y como lo desean muchos intelectuales de izquierda y la oposición de derecha, aunque por motivos distintos. "Al conservadurismo de derechas ha seguido el conservadurismo de izquierdas", han dicho algunos intelectuales de izquierda, desilusionados por la política socialista sobre los medios de comunicación.

Ante algunos sectores intelectuales el gobierno socialista aparece como inseguro y desconfiado, falta de fe en la fuerza intrínseca de su programa y en su capacidad de entusiasmar libremente a gentes y ganar adeptos. Por eso, dicen, tendría que mantener el control de los medios de comunicación. La cosa, naturalmente, no es tan simple ni tan fácil: el gobierno, enfrentado fundamentalmente al gran capital financiero, sabe muy bien que, con la liberalización a ultranza de los medios de comunicación, éste más que los intelectuales de izquierda sería de los primeros en sacar ventajas políticas y en aumentar su poder y su monopolio en la sociedad. La decisión de mantener la naturaleza de los medios de comuni-

cación, aunque políticamente necesaria en estos momentos, ha tenido un gran costo social para los socialistas.

El gobierno ha concedido, no sin serias discusiones internas, permiso de funcionamiento a emisoras de radio libres. Pero estas radios privadas nacen con una gran limitación en materia de publicidad, lo cual dificulta su crecimiento. Esta medida no ha mejorado la imagen de un gobierno temeroso de los medios de comunicación social.

Los planes del gobierno para el fomento y la extensión de la cultura, sobre todo en sus formas más populares y comunitarias, son verdaderamente ambiciosos y reflejan la preocupación socialista con el manejo humano del tiempo libre y el establecimiento de una mayor igualdad de oportunidades. Las realizaciones, sin embargo, son de tal naturaleza, que sólo poco a poco se van haciendo visibles y mensurables. Muchos de estos programas, ambiciosos como son, pueden encontrar el mismo tope del financiamiento que encuentran los programas de cualquier naturaleza del gobierno socialista. En un año no se puede hablar de un florecimiento de la cultura popular, ni de un acceso masivo de los sectores populares a los medios de la educación y la cultura, aunque hay buenas realizaciones a nivel regional o local: Grenoble es un caso de muestra de la "cultura socialista".

En el caso de Grenoble aparece un rasgo específico de la cultura socialista: el interés prioritario por la tecnología moderna (Grenoble es el centro de la investigación atómica francesa). El gobierno socialista ha dedicado cantidades importantes de recursos a la investigación científica y tecnológica con vistas a la renovación de la industria y eventualmente de la sociedad toda de Francia con un uso racional y humano de la tecnología moderna, aún de la más avanzada y misteriosa. Mitterrand personalmente tiene una como idea fija en esta cuestión.

9. La política exterior

"Las relaciones exteriores están lejos de representar la catástrofe que anunciaban las derechas", opinaba *El País* en su editorial ya citado. En primer lugar, la relación del gobierno socialista con el archi-conservador de los Estados Unidos no es peor que la de los dos gobiernos anteriores. Los socialistas siguen en lo substancial la política exterior de la derecha: permanencia de

Francia dentro del espíritu y las instituciones (aunque no en el mando conjunto) del Tratado del Atlántico Norte. Mitterrand de hecho ha volteado la espalda al movimiento pacifista europeo, incluso a su versión más moderada en el seno de la Internacional Socialista y ha respaldado en aspectos importantes la política armamentista de Reagan para Europa (despliegue de eurocohetes, desarrollo de la bomba de neutrones, exclusión la fuerza atómica francesa de las negociaciones con la URSS). No respalda a Reagan —y en esto es más europeo— en el tema de la distensión, de la que se confiesa convencido creyente, ni en lo del comercio con los países socialistas de Europa Oriental (porque interesa mucho a la balanza de pagos de Francia, creemos), habiendo impulsado la construcción del controvertido gaseoducto con tecnología y créditos importantes.

Sin embargo, la Francia socialista reaccionó con gestos histéricos a la declaración del Estado de guerra en Polonia. El apoyo incondicional que presta a 'Solidarnosc' ha aumentado los sentimientos antisoviéticos de la izquierda francesa y ha exacerbado el nivel de confrontación ideológica con los países socialistas y particularmente con la URSS. Eso ha producido tensiones al interior del PCF y del gobierno.

El gobierno de Mitterrand, aunque convergente en Europa con la política de los Estados Unidos, ha chocado con él en América Central, reconociendo, junto con el gobierno mexicano, a la alianza, opositora de El Salvador, FDR-FMLN, como una fuerza política representativa y dando apoyo moral al gobierno sandinista de Nicaragua al que también ha vendido armas. Si bien es verdad que el semanario *Time* escribía que Mitterrand y sus colegas "se están retirando discretamente de su postura inicial" en Centroamérica,¹⁸ de esta "discreta retirada" todavía no hay evidencia. En el Medio Oriente, Francia ha tratado también de llevar una política independiente y, aunque Mitterrand visitó el Estado de Israel, aprovechó la ocasión para defender los derechos del pueblo palestino en el mismo parlamento israelita. Por otra parte, en Libia como en Centroamérica, no ha cedido a las presiones norteamericanas; aunque converge de nuevo con estos intereses en la disputa del Tchad.

En líneas generales, la Francia socialista ha tratado de llevar la causa de los países del Tercer Mundo y muy en especial de los movimientos de liberación ante los grandes de este mundo, apareciendo como su campeón y abogado, aunque só-

lo sea a un nivel declarativo. Para pasar a acciones concretas el idealismo socialista también está temperado por el realismo de las grandes potencias.

10. Conclusión: renovación y el desgaste de gobernar

Lo que se puede decir del gobierno socialista en Francia al cabo de un año en términos de realizaciones objetivas —en sí, no en relación a las expectativas del electorado— es netamente positivo. Se han introducido cambios estructurales significativos, que, inteligentemente administrados, pueden dar a la economía francesa un papel preponderante en los difíciles años que se avecinan. La lógica de las nacionalizaciones es impecable, si se considera serenamente como procede y como se usa la acumulación del poder social en unas pocas empresas privadas. Pero es necesario evitar vicios parecidos de ineficiencia e injusticia sociales en las empresas estatales, causados por mala administración y un uso político de los recursos económicos.

Por otra parte, la preocupación por el desempleo y el empeño en combatirlo son genuinos y están enraizados en las convicciones ideológicas de los partidos del gobierno. De pocos gobiernos del mundo occidental se puede decir lo mismo, por más que todos se confiesen interesados en solucionar este problema. Esto llevará pronto al gobierno francés a resultados positivos, con tal que no pierdan de vista en su política de empleo las limitaciones de las fuentes de financiamiento internas y las que provienen de la coyuntura internacional. Si se limita significativamente el desempleo sin dejar desbocarse la inflación, aparecerá en su esplendor político y humano lo específico de las realizaciones socialistas.

Subjetivamente hablando, no todos los franceses están contentos. Unos, los menos y los menos peligrosos, porque el gobierno no es más radical, porque las reformas no van más de prisa y más a fondo, porque la movilización para las elecciones ha quedado reducida a la pasividad de la vida ordinaria, porque, en definitiva, el pueblo no ha tomado el poder realmente. Para otros, el capital, los empresarios y los partidos políticos que defienden los intereses de los primeros, el gobierno ha sido lo suficientemente radical como para justificar su oposición militante, verbal, financiera, política y de otras maneras, al "experi-

La Francia socialista ha tratado de llevar la causa de los países del Tercer Mundo y muy en especial de los movimientos de liberación ante los grandes de este mundo, apareciendo como su campeón y abogado, aunque sólo sea a un nivel declaratorio.

mento socialista". Al cabo de un año este grupo ha quedado defraudado solamente porque los daños a la economía y a la imagen internacional de Francia no han sido lo catastrófico que hubieran deseado para desacreditar y debilitar a los socialistas y comunistas ante el pueblo y ante la comunidad internacional. Constituyen una oposición formidable, que no conviene despreciar. Tienen suficiente capacidad para dificultar la puesta en marcha de las medidas para la reanimación de la economía nacional, ya que movilizan todavía a importantes sectores sociales y disponen de grandes recursos financieros. Los socialistas tendrán que pensar más seriamente en la desactivación y la neutralización de esta oposición, sobre todo de sus contramedidas económicas, para que no fracasen las reformas y su política económica en general.

Hay finalmente un buen número de votantes que ya se sienten descontentos, decepcionados o engañados con el gobierno socialista. Este claramente no ha respondido a sus expectativas, expectativas centradas muchas veces en una mejora inmediata de las condiciones de la vida cotidiana. Esta mejora no ha llegado en forma rápida y significativa para muchos que esperaban de los socialistas el milagro que resolviera el deterioro constante de un nivel de vida fijado artificialmente. Mitterrand efectivamente no ha hecho milagros, ni están los tiempos para que nadie los haga. Los socialistas franceses, como otros gobernantes actuales, tienen que pagar el precio de gobernar: el ser hechos responsables de lo que no va bien, de lo que se deteriora, de lo que fracasa en la vida nacional. El que gobierna carga con la culpa. Con todo, el gobierno socialista francés en un año no se ha deteriorado tanto como otros gobiernos: Helmut Schmidt en Alemania, la Thatcher (antes de las Malvinas) han estado sometidos por más tiempo al proceso de culpabilización por parte de los gobernados, y no se han preocupado tanto por el bienestar de las masas populares.

En definitiva, el tiempo dirá si el pueblo francés mejora y cambia de vida con un gobierno socialista. Desgraciadamente nunca se podrá comprobar empíricamente si con un gobierno de derecha durante este periodo (si Mitterrand no hubiera ganado) hubiera salido mejor parado. Nuestra sospecha es que de ninguna manera.

NOTAS

1. Citado por Feliciano Fidalgo, Un año de socialismo a la francesa. *El País*, 12 de mayo de 1982.
2. Citado por Feliciano Fidalgo, Un año de socialismo a la francesa. *El País*, 11 de mayo de 1982.
3. William Pfaff, A year of Mitterrand's Socialism in France. *International Herald Tribune*, 3 de mayo de 1982.
4. A middle way for Socialism, *Time*, 17 de mayo de 1982.
5. Citado por Walter Schwars, Mitterrand's Sombre Anniversary. *The Guardian*, 9 de mayo de 1982.
6. Citado por Feliciano Fidalgo, Un año de socialismo a la francesa. *El País*, 12 de mayo de 1982.
7. William Pfaff, A year of Mitterrand's Socialism in France *International Herald Tribune*, 3 de mayo de 1982.
8. Raymond Aron, An I, l'échec prévisible. *L'Express*, 4 de mayo de 1982.
9. André Passeron, Une opposition résolve et plus optimiste. *Le Monde*, 8 de mayo de 1982.
10. Paul fabra, Où'on Change le 'changement'. *Le Monde*, 11 de Mars de 1982.
11. William Pfaff, A year of Mitterrand's Socialism in France. *International Herald Tribune*, 3 de mayo de 1982.
12. Michel Boyer, Un certain oubli de la contrainte extérieure. *Le Monde*, 11 de mayo de 1982.
13. Paul Fabra, Oû'on Change le 'changemet'. *Le Monde*, 11 de Mars 1982.
14. *Newsweek*, 3 de mayo de 1982.
15. William Pfaff, A year of Mitterrand's Socialism in France. *International Herald Tribune*, 3 de mayo de 1982.
16. Jean-Pierre Dumont, Chômage: stabilisation précaire *Le Monde*, 11 Mai 1982.
17. Citado por Feliciano Fidalgo, Un año de socialismo a la francesa. *El País*, 12 de mayo de 1982.
18. *Time*, 17 May 1982.